

## **HEMOS PROGRESADO SUSTANCIALMENTE EN LAS DOS ÚLTIMAS DÉCADAS**

Óscar Arias Sánchez  
Presidente de la República  
XXAniversario,  
Incorporación de Costa Rica a la OMC  
Hotel Herradura, Belén  
18 de marzo de 2010

Amigas y amigos:

He tenido la suerte, y también el honor, de celebrar muchas veces un 20 aniversario en el transcurso de esta Administración. Celebré el 20 aniversario de mi primera toma de posesión, aceptando, una vez más, el inmenso reto de liderar los destinos de Costa Rica. Celebré el 20 aniversario de muchas instituciones y programas públicos, nacidos durante mi primer Gobierno, y pude comprobar cuánto han avanzado desde entonces. Celebré el 20 aniversario de la inauguración de empresas y negocios, que hoy se han convertido en emblemas de la economía nacional. Y celebré el 20 aniversario de la firma del Plan de Paz en Centroamérica, un proceso que coincidió con el inicio de las largas negociaciones para la creación de la Organización Mundial del Comercio, a partir de lo que era el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT), por sus siglas en inglés.

En mi mente, ambos hechos se encuentran profundamente relacionados. Cuando pienso en la incorporación de Costa Rica a la OMC, pienso instintivamente en el proceso de pacificación de Centroamérica. Sabíamos que la paz no sería sostenible si continuaba el hambre en la región. Sabíamos, también, que el desarrollo no vendría si continuaba la guerra. Era lo que los anglosajones conocen como un *Catch-22*: una situación con condiciones recíprocas. Necesitábamos la paz para garantizar nuestro crecimiento económico, y necesitábamos crecer económicamente para garantizar la paz. En medio de esta paradoja, defendimos la urgencia de que Costa Rica iniciara un proceso de apertura comercial, incluso si al principio debía hacerlo de manera unilateral. Estábamos convencidos de que el libre comercio sería la forma más expedita de potenciar el crecimiento de nuestra economía, y el mejoramiento en las condiciones de vida de nuestros habitantes.

Muchos de quienes se encuentran hoy entre nosotros, formaron parte de aquel esfuerzo. Las opciones que se nos presentaban eran inciertas. Las negociaciones para crear la OMC duraron años en producir resultados concretos. Fueron días en que afloraron todo tipo de prejuicios y de miedos. Fueron días en que los escépticos y los pesimistas anunciaban, una y otra vez, el fracaso de las negociaciones. Costa Rica no dudó en brindar su apoyo. No dudó en depositar su confianza en que las naciones del mundo habrían de comprender, tarde o temprano, que la integración comercial era un proceso inevitable, y era mejor realizarlo bajo reglas claras y en el marco de un sistema multilateral especializado.

Así, mientras unos intentábamos poner de acuerdo la voluntad de cinco Presidentes centroamericanos en torno al tema de la paz, otros intentaban poner de acuerdo la voluntad de los gobiernos de todo el mundo en torno al

tema comercial. Gracias a muchos de ustedes, la paz no fue sólo una bandera blanca o un cese al fuego. Fue la antesala para la transformación económica de Centroamérica, que ha traído prosperidad donde antes reinaba la miseria. Aunque todavía tenemos muchos retos pendientes, es indudable que la región ha progresado sustancialmente en las dos últimas décadas.

Y por eso ha sido también más pacífica. Creo firmemente que la paz y la amistad entre los pueblos avanzan más por cada contenedor que se descarga en un puerto, por cada vuelo internacional que aterriza en una terminal, por cada inversionista extranjero que funda su empresa en un lugar nuevo, que por todos los saludos y los discursos que se profesan en la diplomacia internacional. Así es que este aniversario es, también, la celebración de 20 años de paz.

Sin embargo, ningún logro debe darse por sentado. Ninguna conquista es irreversible. Hay quienes esperan cualquier error o cualquier falla, para cargar de nuevo contra el libre comercio y contra esta organización mundial. La crisis económica que actualmente enfrentamos, ha resucitado el fantasma del proteccionismo que muchos creíamos desterrado. Han resurgido las voces de quienes claman por la autosuficiencia alimentaria. Han vuelto a cobrar fuerza los delirios autárquicos de una América Latina incapaz de entender que ningún sistema es perfecto, y ninguna política está libre de problemas.

Nuestro país enfrentó esta discusión un poco antes de tiempo, con la celebración del primer referéndum de nuestra historia, y la primera consulta popular para decidir la suerte de un Tratado de Libre Comercio. Las horas de debate, en las que muchos de ustedes participaron, los estudios, las cifras y los datos, nos permitieron confirmar la necesidad de una mayor apertura comercial, antes de que la crisis estallara en Estados Unidos. Aunque todavía hay quienes argumentan en contra del TLC y de instrumentos similares, para la mayoría de la población es evidente que el tratado no produjo los males que algunos vaticinaron, y que más bien constituyó una herramienta esencial para evitar un aumento mayor del desempleo, durante el tiempo en que nos golpeó la crisis internacional.

Nuestro compromiso con la apertura no es sólo el producto de decisiones tomadas en los pasillos presidenciales ni en las comisiones del Congreso. Es producto de la voluntad popular expresada en las urnas. Por eso nuestro Gobierno defendió a capa y espada la implementación del TLC. Por eso hemos negociado acuerdos comerciales con la Unión Europea, China y Singapur. Éste es el curso que los costarricenses eligieron y es el curso del que no debemos apartarnos.

Hay otras naciones en vías de desarrollo que no cuentan con igual suerte que nosotros. Hay quienes aún escuchan las prédicas de líderes demagogos y populistas, que fustigan el libre comercio y la inversión extranjera, sin ofrecerle a sus pueblos ninguna alternativa. Cada perorata nacionalista, cada frase irresponsable, cada discurso que defiende espejismos soberanos, ahoga las expectativas de miles de familias que están luchando por salir adelante, de miles de pequeños empresarios que intentan mantenerse a flote, de miles de emprendedores que sueñan con concretar sus proyectos. Los países en vías de desarrollo son los que más necesitan el libre comercio, y los que más deberían preocuparse por profundizarlo.

Ahora bien, si el comportamiento de algunas naciones en vías de desarrollo es ilógico, el de algunas naciones desarrolladas es inmoral. No es

justo que los países industrializados presionen por reducir las barreras comerciales únicamente en donde les resulta más conveniente. Si el libre comercio ha de convertirse en la *lingua franca* de la humanidad, debe hablarse con coherencia. Es reprochable que las negociaciones de la Ronda de Doha se encuentren estancadas por líderes que niegan, en la práctica, los principios que sostienen a la Organización Mundial de Comercio.

Esto no es sólo una mala política exterior, es también una mala política interna. Porque los países industrializados sufren las consecuencias de su incongruencia, tanto como las sufrimos nosotros. Si el mundo desarrollado quiere detener la ola de migración, narcotráfico e inseguridad que la aqueja, debe empezar por preocuparse por la prosperidad de sus vecinos. Parafraseando al educador estadounidense, Booker T. Washington, los países del primer mundo tendrán que lograr "*que su riqueza nos afecte a nosotros, tanto como a ellos los afecta nuestra pobreza*".

Es por eso que actividades como ésta son tan importantes, porque nos recuerdan que la carrera no se acaba, que los logros no están terminados. Siempre podemos incrementar nuestra apertura, siempre podemos profundizar nuestra libertad. Para eso tenemos los próximos 20 años.

Amigas y amigos:

Hablar de integración comercial sigue siendo difícil en buena parte de nuestra América, todavía amurallada tras las ruinas de ideologías gastadas. Es de lo más pintoresco escuchar en nuestra región discusiones sobre si deberíamos o no favorecer la apertura comercial. ¡Como si fuera una opción! La integración económica del mundo no se escoge. La integración económica del mundo se acepta. Es una fuerza, no una decisión. Da la casualidad que es, además, una fuerza provechosa.

Con todos sus errores y debilidades, el libre comercio ha sido la herramienta de desarrollo más poderosa con la que ha contado la humanidad en épocas recientes, particularmente para los países más pobres del mundo. Ha sido, también, el bastión de una política exterior que produce resultados concretos en la vida de los individuos.

Hay una historia con la que me gusta ilustrar este tema. Cuenta Heródoto que el poderoso Jerjes I, rey de Persia que invadió las tierras helenas, ordenó construir en un estrecho entre Europa y Asia, un puente formado de balsas. El puente fue destruido por la fuerza del mar. Furioso, Jerjes envió a sus verdugos a que propinaran 300 azotes al agua salada, como castigo por la impertinencia de haber desafiado su autoridad.

En muchos sentidos, la integración comercial es como aquel mar que Jerjes mandó a castigar. Es una fuerza incontrolable. Es una fuerza que no podemos ignorar. En lugar de vituperar en su contra, en lugar de propinarle azotes, endureciendo nuestras medidas proteccionistas o resucitando discursos de soberanía alimentaria, mejor hiciéramos en perfeccionar la fortaleza de nuestras balsas. Mejor hiciéramos en revisar la entereza de nuestro puente.

Estoy convencido de que la OMC es el mejor capataz para supervisar la construcción de ese puente, el mejor maestro de obras para ayudarnos a atravesar el agitado mar de la libertad comercial. Con prudencia y esfuerzo, llevaremos las balsas hasta el otro lado, hasta la otra orilla, donde nos espera un mejor futuro y una mayor prosperidad para nuestros pueblos.

Muchas gracias.

